

El Eco de Cartagena

AÑO XXXI. DECAJO DE LA PRENSA LOCAL. um 9207

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provinciales.—Tres meses, 7 id.—Estranjero.—Tres meses, 11 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. Petit, rue Caillart, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31; y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Wing Street.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLIZAGA, n.º 1 (Paseo de Recoletos).

GARANTIAS
Capital social efectivo... Pesetas 12.000.000
Primas y reservas..... 40.697.980

Total..... 52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIO

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, haciendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 18.301.675,53.

Dirigirse a los Subdirectores Sres. Vinda de Soro y C.ª. Plaza de los Caballos, 15, bajo.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotales, Rantías de educación, Rantías vitalicias y Capitales diferidos a primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotales, Rantías de educación, Rantías vitalicias y Capitales diferidos a primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

SABADO 9 DE JULIO DE 1892.

MOSAICOS.

Más de mil dibujos diferentes en las tres clases que hoy se fabrican, en madera, barro cocido y cemento hidráulico. Precios directos de las respectivas fábricas.

Museo Comercial.—Puerta de Murcia 38-40 y 42. Passage Conesa.

J. MARTINEZ

CIRUJANO DENTISTA

De la Facultad de Medicina de Madrid. Especialista en la construcción y colocación de dentaduras artificiales por los dos sistemas.

Cuatro Santos 10, principal.

ECOS DE MADRID.

7 Julio 1892.

No en vano gozan las verduleras de una reputación que las hace temibles.

Acostumbradas a vocear su mercancía por calles y plazas, sus pulmones son sólidos, y cuando gritan parecen enorguñen. Inútil es decir que la mayor parte de las palabras que vomita su indignación, no constan en el *Diccionario de la lengua*, y eso que este voluminoso libro no peca de muy pudoroso.

Los periódicos han descrito el motín, que en la conversación llamamos en Madrid la *revolución de las escobas*.

Aunque han empleado todos los colores de la paleta, no puede formarse una idea cabal del aspecto de aquellas fieras con faidas. Desgreñadas, con la rabia en los ojos, arrojada al arroyo la compostura femenil, blandido con feroces ademanes las escobas, haciendo ondear las banderas formadas con harapos, calcetines rotos, calzones de franela amarilla y encarnada, arrojando piedras, gritando horrores, ofrecían un cuadro cómicamente aterrador.

La guardia civil llevó, sin embargo, su galantería hasta el último extremo, y eso que las heroínas no se andaban con remilgos. Hasta el gobernador, que con su conducta ha conquistado el aprecio popular, recibió una pedrada que había sido dedicada a San Sebastián.

En los párrafos que no favorecieron con su presencia las amotinadas, circulaba la gente sin temor y casi deseando presentar alguna escena de salvajismo de las que tanto abundaron. Señoras y señoritas pasearon por el Retiro y Recoletos, y lo único que daba aspecto triste a la población, era las cerradas o entornadas puertas.

Parece que nos vamos acostumbrando al sistema de huelgas más ó menos ruidosas. El ejemplo del 1.º de Mayo da sus frutos. Las verduleras, las lavanderas, los béisistas, los internos del Hospital, todas las clases que se creen lastimadas protestan, se cruzan de brazos ó apedrean a la autoridad, según el mayor ó menor grado de cultura que alcanzan.

Antes se llamaba a esto subirse a las barbas, ahora es ejercitar un derecho que suele dejar por desdichado al agredido el principio de autoridad.

Estas mañanas están muy animadas las plazuelas. Las heroínas cuentan sus proezas, no desperdiciando los más mínimos detalles, y los domésticos las escuchan con la boca abierta.

Los municipales rectifican a veces; pero por lo general, reina entre ellos y las vendedoras la mejor armonía.

Han sido unas valientes, y el valor nos subyuga. Algunos periódicos las han comprado con la famosa Agustina de Aragón. Un poco meaos, mis queridos colegas.

En la tarde del día del motín debió celebrarse una reunión de autores dramáticos para tratar de asuntos que les interesaban. Sólo acudieron diez ó doce, y no fue posible celebrar la junta. Sin duda andaban los autores escuchando tipos y escenas que reproducir en el teatro, por que es seguro que muy en breve asistiremos a las peripecias de la revolución de las escobas con música de Chueca.

La dispersión ha comenzado. Todas las tardes se llenan de viajeros los vagones de los trenes expresos del Norte y los del correo. ¿Quién se acuerda ya de los perances del *San Sebastián*, el *Sardineiro*, las Arenas y las otras playas de San Sebastián? ¿Quién se acuerda ya de las escobas?

con voz de sirena a los que dormían ó se achicaban en la villa y comen.

Donde más se nota la dispersión es en el Parque de Madrid. Cada día desaparecen veinte ó treinta coches de los que pasean desde la Casa de Pícaros hasta el *Ángel caído*, a las bellezas madrileñas. La gente de a pie, si no se marcha, se esconde, para que los escamos paseantes se figuren que han trasladado sus encantos a playas y balnearios.

En las frondosas alamedas, sólo se ven caballeritos que andan, se detienen, miran al cielo, bajan los ojos, de vez en cuando sacan un papel y un lápiz del bolsillo, escriben y parecen no preocuparse de cuántos les rodean.

Aquí de la *Comedia nueva* de Moratin:

—Pi pi, ¿qué gente hay arriba que arma tanto estrépito? ¿Son los cosos?

—No señor, son poetas.

En efecto, los paseantes a quienes me refiero, deben ser poetas, y por lo que presumo, se dedican a elaborar ese famoso soneto, pues un Mecenaz coronado, digno de todo género de aplausos y consideraciones se propone premiar con 1.000 pesetas.

Mil pesetas, un soneto! ¡Catorce versos, que aunque sean de once sílabas, al fin y al cabo, no son más que catorce renglones! A 71 pesetas 42 céntimos y 56 milésimas cada uno! Cuando se han visto en otra los poetas!

No sólo los poetas, sino los aficionados y hasta los funcionarios que se han quedado desantes, enviarán al certamen su sonetito. Ya les ha caído que hacer a la Sra. Pardo Bazán y a los Sres. Castelar y Valera, que son los jueces. La compasión que deben inspirarnos, debe ser mayor que de costumbre, por que van a tener que leer los millares de sonetos durante la canícula. ¡Pobre Isabel la Católica! (Pero si como se anuncia en el programa, el Mecenaz se queda con todos los sonetos y los publica, puede hacer un negocio editorial de primer orden.)

Por lo menos cada autor comprará un ejemplar.

Julio Nombela.

COLABORACION INEDITA.

LA LITERATURA, EL AMOR Y LA TESIS.

Esto que parece título de fábula, no es sino expresión sumaria de los párrafos que van a seguir, en los cuales pretendo dar explicaciones sobre cierta afirmación crítica que hice, hace tiempo, al hablar de la novela, *La piedra angular*.

Su autora, mi distinguida y buena amiga Emilia Pardo Bazán, aprovecha la ocasión que le ofrece la novela *Tristram de Pérez Galdós*, y discute mi tesis.

Yo no replico, ni puedo replicar, por la sencilla razón de que estoy casi conforme con la meritoria escritora del *Nuevo teatro crítico*; mas por lo mismo, creo necesario aclarar lo que dije, para que la propia acusadora me devuelva la fama y me levante el dictado de enemigo de las novelas amorosas.

Porque de nada menos se me supone reo; lo cual, si ustedes pueden ha-

cer llover sobre mí—y quizás a estas horas ya es irremediable—la amabilidad de todo el sexo bello; que al parecer, sólo vive para el amor, según dicen las gentes; y por añadidura, de todos los románticos y sentimentales del otro sexo, que todavía leen a escondidas el *Rafael* de Lamartine, y hasta *Oscar y Aminda*.

Francamente no me resolví a arrostrar tamaño peligro.

Pláceme estar bien con las señoras cuyos pies beso, y hasta con los románticos (machos) que no dejan de tener su papel en la vida; y por todo esto, más el natural deber de conciencia que pide ser franco y explícito, clarito como el agua en las palabras y en las intenciones, voy a decir cuál es mi verdadera opinión sobre la novela amorosa... en sí y en sus múltiples relaciones con los demás géneros de novela.

Y ante todo, allá va el cuerpo del delito.

Lo que yo dije en el número 1475 de *La Justicia* (2 de Febrero, 1892), fue lo siguiente:

«Nuestra novela se va pareciendo algo, en el trascendentalismo de su intención, a la novela rusa y a parte de la alemana; y semejante descripción de los modelos exóticos franceses, semejante apartamiento de la realidad artística, bien valen ser notados y recibidos con palmas.

Pues bien, esto cree D. Emilia que sentencia en menoscabo de las novelas de asunto amoroso, repite con mucha razón que el amor es cosa tan esencial en la vida como cualquiera de las cuestiones más ideales, que ahondando en su estudio puede llegarse al planteamiento de problemas altísimos y trascendentales; y que si algo falta en la literatura, es leer ese soneto y sacarle el tuétano. A los documentos de amor, ¿cosos? Por lo general, no hacen los novelistas.

Conforme y amén. Lo mismo ha dicho mi muy querido Leopoldo Más, al escribir de *Realidad*. «El amor en la novela! ¡Qué poco ha trabajado el realismo todavía en el amor! ¡Cuánto se deja en este asunto capitalísimo al convencionalismo y a los hábitos románticos! etc.»

A lo mismo me refiero yo en el párrafo transcrito.

Las palabras van siempre en función del pensamiento capital que informa la proposición a que se refieren.

Yo habia empezado mi artículo sobre *La piedra angular*, refiriéndome a *Ensalada y Morir*, esos dos cuentos amorosos de Emilia Pardo Bazán que tengo dicho sea sin ofensa para mi buena amiga, es lo más superficial y externo que ha escrito; y claro es, ya no puedo quitarme de la memoria la imagen de esos ejemplos, en los que pensaba cada vez que surgía la comparación entre la novela exótica de la tesis diferente.

También pensaba, como es natural, en las novelas que a lo sumo han intentado encontrar «la verdad exótica exaltando el elemento material de esta pasión», y formulaba dentro de mí el juicio de que aun en la propia obra de Zola la parte amorosa—si más incitante para la mayoría del público—es inferior, de menos calidad, que las otras en que analiza y penetra diferentes pasiones y sentimientos humanos.

Referíame pues, siempre, a una realidad actual a lo que hasta ahora (salvo contadas excepciones), pero sobre todo en las obras contemporáneas, ha dado de sí la literatura tocante a este tema: igual criterio he seguido en cuestiones análogas, discutiendo lo mismo, como podrá ver el lector, que me dispense la honra de leer los capítulos titulados *La literatura y las ideas* y *Señal de los tiempos* de mi próximo libro que se llamará *La primera campaña*.

Nada de esto lleva por tanto, camino de desconocer la virtualidad esencial de

la materia amorosa, para ser fuente de grandes obras del arte.

No, yo no la niego. ¿Cómo ha de negarla quien ahora en la infinita novela de Balzac *Le lys dans la vallée*? Pero, ¿cuán pocas veces llegan a esto los autores! ¡Por cuánta superficialidad de Pétillet, de Cherbuliers, de Blinet, de Daudet, de Goncourt, de Alarcón, del propio Bourget, hay que saltar para llegar a *Sapho*, a *Chérie*, a *Cœur de femme* y pocas más!

Nótese que cito autores buenos y modernos, atendiendo sólo a la popularidad (bien ó mal adquirida, positivamente mal en algunos) de que gozan; pues sabido es que el mismo público que arrebató de las librerías los tomos de Zola, lee ó compra con afán a Feuilleton.

Ahora bien; cuando en el amor se ahonda, desaparece la futilidad y salta el problema: entonces, la novela amorosa es tan de tesis y tan trascendental como la de más alta filosofía; y entónces ¿quién lo duda?

Interesa de igual modo que *Realidad*, *La Fe* ó *La piedra angular*.

Problema amoroso hay en *Ana Karenina*, como, en cierto modo, lo hay en *La sonata de Kreutzer*, dos de las mejores novelas de Tolstoy y todas las de este siglo; y lo hay también en *Realidad*, cuya Augusta es un modelo en la literatura española y en la galdosiana.

Todos saben—y yo mismo lo he dicho hace poco—que los lectores franceses, preguntados acerca de las novelas que mayor pintaban el amor, especialmente el de la mujer, han resultado en plebiscito abierto por *Le Figaro*, que las únicas que merecían ser leídas, eran *Chérie*, y de Goncourt; *Salammbado*, de Flamberg; *Ursula Mironet* y *Le lys dans la vallée*, de Balzac.

El número cinco en la votación, lo ocupan las cartas de la Srta. de Lespinasse; y aun de los cuatro anteriores, hay que confesar que *Salambo* no es, ni pretendió Flamberg que fuera, predominantemente novela amorosa, y que *Ursula Mironet* dista mucho de su compañera y de las demás obras maestras de Balzac.

Y esto es una literatura tan acentuadamente crítica como la francesa!

Pero debe también notarse otro aspecto de la cuestión.

Con raras excepciones, meramente teratológicas, el problema del amor se plantea en la vida de todos los hombres.

Para todos, este sentimiento ó pasión llega a adquirir los caracteres de cuestión litigiosa, que preocupa, excita el pensamiento y sugiere resoluciones más ó menos ideales.

Por esto las fábulas de amor interesan universalmente de un modo personal, subjetivo, no desde el punto de vista del arte (esto se queda para muy pocos) sino desde el de los compromisos, recuerdos y esperanzas individuales.

Mas también es muy cierto que la mayoría de los hombres no pasa de aquí; que para la masa del género humano no hay otro problema, verdaderamente problema, con relieve bastante para formar un alpo en la vida y llenar, por sí sólo, la edad de las memorias melancólicas y dulces, que el del amor; y aun así, cada cual lo plantea a su modo, y de seguro hay muchos que no sienten, que no saben sentir, la hermosa tragedia de una novela amorosa como *Nido de hidalgos*.

Con ser una cosa elemental en la vida el amor, todavía resulta que muchísimos lectores no llegan a su término ideal, precisamente aquél en que mayor exaltación puede lograr el arte; con lo cual se establece ya una primera limitación en lo que respecta a la trascendencia de los asuntos amorosos.

Pero además del problema amoroso, hay otros muchos en la vida humana, precisamente aquellos que más interesan